



EL IDILIO DE UN ENFERMO

NOVELA, POR ARMANDO PALACIO VALDÉS

I

No todos los literatos jóvenes siguen la trillada senda por donde han ido los muchos poetas malos que en España han sido y seguirán siendo, si Dios no lo remedia. Algunos, aunque pocos todavía, comprenden que la fama que se conquista en una velada de lírica barberil es poco duradera, y prefieren profesar el arte más difícil, menos bullanguero, pero más cierto de la novela, según hoy se cultiva. No hemos llegado en este camino tan allá como otros países latinos; no podemos ofrecer tantos nombres como Francia, que al lado de los maestros nos presenta discípulos tan notables como Maupassant, Huysmann y otros varios; ni hay entre nuestra juventud

bien orientada quien pueda por hoy competir con Capuana y el autor de *Capelli biondi*; ni siquiera con Portugal podemos igualarnos—si no vale contar á los maestros,—pues ninguno de nuestros novelistas principiantes llega á Eça de Queiros. Pero algo es algo, y tras Pérez Galdós y Pereda siguen ya algunos escritores de pocos años, más de buen juicio y perfectamente enterados del asunto oportuno y de la forma adecuada de la literatura que merece llevar el epíteto de moderna, en el sentido de ser la más propia de nuestros días.

Sería una adulación más nociva que otra cosa añadir, para animar á los bien intencionados, que todos nuestros novelistas jóvenes aciertan. ¿Para qué mentir? ¿Se trata de tener muchos autores, ó de tenerlos buenos?

Es indudable lo que ya indicaba hace poco el crítico de la *Revista de España*; las medianías (nombre con que aquí se conoce á muchas nulidades) amenazan invadir la novela realista, ni más ni menos que otros de su raza invadieron el poema descriptivo, y antes la prosa poética ó la poesía prosáica de Campoamor. Es muy posible que antes de poco tengamos que quejarnos de que pululan demasiados Balzac y Flaubert de portal; y hasta puedo añadir que he notado algunos síntomas muy alarmantes.

Por ahora, sin embargo, no creo oportuno citar

nombres propios, y baste con dar la voz de alerta.

De todos modos, entre los que no son ranas y saben lo que hacen, conviene citar á José Ortega Munilla y Armando Palacio.

Y para que no se me quede nada adentro, rectifico diciendo que esos jóvenes son los dos únicos que hasta ahora han dado pruebas de ser novelistas verdaderos, sin que esto sea decir que los ensayos de otros sean en absoluto despreciables (1).

Es claro que Emilia Pardo Bazán no va aquí citada, porque, sin ser hoy maestro, con su *Viaje de novios*, se ha colocado en una jerarquía especial de que ahora no se trata.

Como mi artículo va destinado á una novela de Palacio Valdés, dejo á éste para luego, y diré dos palabras de Ortega y Munilla, de cuyos buenos comienzos fuí yo uno de los más vocingleros heraldos.

Y no me pesa. Insisto en creer que Ortega podría ser con el tiempo todo un novelista notable, si tomase más en serio la vocación. ¿Qué necesita para ello? Varias cosas: estudiar mucho más, imitar mucho menos y no escribir á destajo. ¿Quién le ha

(1) Después de escrito este artículo ha publicado J. O. Piñón, reputado crítico, dos novelas muy bien recibidas por el público *La hijastra del amor* y *Juan Vulgar*, revelando dotes muy dignas de aprecio. Vaya esto como rectificación de lo que se lee en el texto. Y no digo más, porque no crea la malicia que pago aquí deudas de gratitud.

metido á revistero de semana? (Ya sé quién, pero lo pregunto retóricamente); él no sirve para eso; su estilo, que se hace churrigueresco en esa «Agenda» hebdomadaria, había nacido para ser gala de nuestras letras, si lo limaban y contenían; pero Ortega en vez de aprovechar aquella delicadeza de sentido que tenía en la pluma, la consintió degenerar en enfermizo prurito, y ahora ya no cabe alabarle sinceramente como futuro artista de la palabra, cual yo lo hice en otro tiempo con mucho gusto y muy convencido.

Hoy ha pasado á la categoría de los lugares comunes el decir que Ortega «se está echando á perder» y hasta en el éxito de sus novelas se conoce este menosprecio de la opinión, injusto en gran parte, sobre todo, precipitado. Compárese la acogida que tuvo *La Cigarra* con la que mereció *El fondo del tonel*, de que no ha hablado nadie. Yo vería con mucho gusto al autor de *Sor Lucila* abandonar géneros que no son para él y volver al punto de partida, que era un amanecer de día claro. (Todo se pega, menos la hermosura).

Armando Palacio puede servirle de ejemplo. Cultivó primero la crítica y el género propiamente humorístico como pocos lo hacen ahora en España; adquirió crédito de censor sesudo y gracioso en el estilo, de gusto y conciencia; pues todo lo dejó á un lado, para dedicarse á la novela, y ahora ape-

nas escribe de crítica, á no ser para decirle de cuando en cuando á cualquier *foliculario*: ¡Hombre, no sea V. tonto!

No es tan flexible ni tan abundante la palabra de Palacio Valdés como era la de Munilla; pero, llevándole gran ventaja en las cualidades fundamentales, desde su primer novela se colocó por encima, pues Armando Palacio sabe hacer pensar, y Ortega solía tocar hermosas variaciones sobre asuntos ajenos. (Segundo consejo: imitar mucho menos)...

Dejo este peligroso camino de las comparaciones, por tratarse de dos jóvenes igualmente estimables, aunque el uno se esfuerce en malbaratar sus buenas condiciones de escritor, mientras el otro cuida con esmero de las suyas,

II

El idilio de un enfermo es la tercera novela de su autor, que tiene ahora treinta años. Para el novelista verdadero, treinta años es aún la primera juventud, y más para el novelista moderno. A la edad en que se pudo escribir *Teresa Raquin*, difícilmente se hubiera escrito *La joie de vivre*; Galdós no hubiera comprendido siquiera el asunto de *La de Bringas*, cuando hizo *Trafalgar*.

Palacio comenzó á ser novelista después de haber analizado muchas novelas ajenas con profundidad y seguro criterio. De aquí han nacido ventajas y desventajas. En él no hay ni uno solo de esos disparates que fácilmente se encuentran en las primeras obras de autores que después han sido eminentes. No se puede decir nunca al leer *El señorito Octavio, Marta y Maria ó El idilio*; «¡Qué inocente!» ni «Aquí se le va la burra» (frase humilde que se emplea en los soliloquios críticos). Palacio es prudente, peca de prudente.

La gran preocupación de nuestro joven autor es el miedo á lo excesivo, así en la composición, como en la descripción, como en la narración; únicamente en el diálogo se le va la mano á veces y deja á los personajes decir trivialidades de pensamiento y de estilo, que podían excusarse.

Por temor á lo ridículo, á lo amanerado, á lo vulgar, á lo melodramático, contiene demasiado los ímpetus de espontánea inspiración, y sus últimas obras han perdido en este concepto con relación á la primera, aunque hayan ganado en habilidad y proporciones. *El idilio de un enfermo* sabe á poco, dicen muchos lectores; y es verdad. ¿Es que no hay asunto suficiente para una novela? No es eso; bastaba con los amores del enfermo y Rosa para una acción muy interesante, sin que dejaran de ser allí lo secundario, como lo son ahora también.

Pero el autor, creyendo acaso que la materia no merecía muchas páginas, precipita acción, interés, caracteres, y no nos da tiempo para conocer y amar á sus personajes. Es el *Idilio* una novela interesante, pero en cifra; los personajes vienen á ser iniciales, y su historia nos atrae menos por esto.

Rosa pudo haber sido poética figura tomada del natural con vigoroso y fresco pincel; pero cuando el lector empieza á estimarla, á seguir con cariño sus aventuras, acaba todo aquello.

No pecan los personajes del *Idilio* porque sean vulgares; el hombre vulgar tiene también su novela; pecan porque apenas los conocemos; se comprende en seguida que para el autor tienen mucho más interés los árboles seculares de aquellos bosques, las crestas de aquellas montañas, las yerbas de aquellos prados, las aguas de aquel río, que el anémico seductor y los aldeanos que le rodean.

No quiere Palacio penetrar en sus personajes, hacérselos ver por dentro, como si temiera que fuesen de madera, y por esto *sabe á poco* la novela. La seducción de una aldeana basta para interesar al lector ¡ya lo creo! pero es necesario que primero le interese al novelista; aquí viene bien lo de *si vis me flere*.

Si se ha dicho con razón que no hay grande hombre para su ayuda de cámara (tal vez porque los ayudas de cámara no saben apreciar á los gran-

des hombres) también se puede decir que no hay hombre insignificante para un observador. Aquel *Juan García*, de quien Bretón hizo una comedia, era un hombre vulgar, y sin embargo, la comedia interesa, poque el poeta estudió la vulgaridad de Juan García artísticamente.

Flaubert, que aborrecía á los burgueses, y decía á Jorge Sand—cuando escribía «La educación sentimental» primero, y después «Bouvard et Pecuchet»—que deseaba verse libre de aquellos tipos ordinarios, para no volver á escribir novelas de la burguesía prosáica; Flaubert, sin embargo, produjo obras inmortales al pintar esas vulgaridades que detestaba.

Si el protagonista del *Idilio de un enfermo* es un hombre común, si la acción lo es también, nada de esto constituye defecto; el defecto está en que el autor no quiso detenerse á estudiar y pintar despacio aquel caso vulgar, aquel hombre vulgar. No falta asunto, repito, falta novela.

Nada más legítimo que escribir un libro entero con materia muy pequeña, pero es á condición de examinar bien esa materia, de exponerla en todo su contenido: el animal microscópico es digno de estudio, pero no á simple vista.

Y es lástima que Palacio no haya querido aprovechar para obra más importante el escenario en que la presenta, la composición feliz del cuadro,

y muchos de los elementos que en él aprovecha. El cura, el seminarista, el molinero, el tío indiano, Rosa, merecían ser más conocidos, mejor estudiados; no se prestaba su *plasticidad* á ser tratada con difumino, ni en ligera silueta; necesitaban y merecían el buril.

Todo esto es censura y elogio á un tiempo, pues se da á entender que el asunto y los medios para tratarlo escogidos, no eran ingratos ni eran inútiles, y no hubo más sino que el autor pasó de largo por donde debió haberse detenido. El que diga que *falta novela* en otro concepto que el explicado, se equivoca, á mi juicio.

¿Quiero yo decir que para hacer interesantes á los personajes de una obra de imaginación es preciso penetrar mucho y detenidamente en su alma, meterse en muchas psicologías, como dicen con desprecio algunos críticos?

No: no es eso preciso, aunque suele ser conveniente. Cabe legítimamente dentro del arte (sea lo que quiera en la pura filosofía), que el autor no crea en eso que llaman con desdén los positivistas del Ateneo *psicología vulgar* (la psicología de Pascal, de Malebranche, de Balmes, de Sthendal y *tutti quanti*); cabe legítimamente que el autor no vea en el hombre más que el animal, que lo estudie como parte de la fauna del país en que coloca la acción; pero entonces es conveniente, para que la

obra interese, estudiar por dentro la vida de aquel animal, escudriñar su fisiología. De otro modo: es legítimo en el arte, si así lo quieren las ideas del autor, estudiar al hombre como un animal, como una planta aunque sea, pero nunca como un mueble. En *El Idilio de un enfermo*, sin llegar á tal extremo, Palacio deja intencionalmente en segundo término á todos aquellos pobres aldeanos, que se ve que le interesan á él mismo poco, y se extasia y hasta eleva su estilo ante los árboles, las fuentes, las nubes, la yerba fina y espesa, la niebla del río, los efectos de luz y sombra en laderas y hondonadas.

Hasta las costumbres, ideas, sentimientos colectivos de los aldeanos y rasgos cómicos individuales, entran allí como parte del paisaje. Esta especie de panteísmo natural es inveterada tendencia en Palacio, y prueba por sí sola que se trata de un escritor original, que tiene ideas propias, que ve el mundo á su manera y sabe retratarlo como lo ve.

El que en *El Idilio de un enfermo* no quiera leer entre líneas, ó no sepa, tendrá motivos para decir que aquello es poco.

A un crítico se le ocurrió decir que sobaban el primer capítulo y el último, en que el enfermo aparece respectivamente en la consulta del médico famoso de Madrid y desaparece otra vez en la corte, envuelto por la corriente mefítica de sus vicios y

costumbres, abandonados por una temporada, la del Idilio. Yo no sé cómo á ese crítico puede agradarle la novela de Palacio, porque da á entender claramente que no la ha comprendido. *El Idilio de un enfermo* es uno de esos libros que tienen la nota secreta, la que no suena y está en la idea del público constantemente.

La *poesía de la salud*, expresada con medios realistas, eso es la novela; y el que dé más importancia á la suerte de Rosa (y por cierto que ningún crítico preguntó si había tenido sucesión), no sabe lo que el autor ha querido decir y ha dicho efectivamente.

Cuando, después de la consulta, el protagonista sale á la calle y goza de la dicha de vivir, bebiéndola en todos los ruidos, en todos los colores, en los reflejos del sol, en cuanto es forma de algo que palpita existiendo, asoma ya la intención del libro, y con arte magistral. Vuelve á eclipsarse este interés superior, hasta que reaparece con más fuerza, en el momento en que el pobre anémico divisa los vericuetos donde está asentada la aldea que le dan por medicina. La llegada á la rectoral, el recibimiento del tío cura, el despertar en el campo, el paseo por el bosque (esto sobre todo), los preliminares de la misa del pueblo, la misa, la romería primera, el viaje de descubrimiento que emprende el sobrino del cura entre avellanos y seves, á lo

largo del riachuelo, hasta dar con el molino, los primeros escauceos amorosos, y otras descripciones y escenas análogas, son obra de pluma muy experta, y señalan una vocación seria de novelista. Algo así me decía un ilustre maestro hace días, en una carta que consagraba á hablar del libro de Palacio: «El día que el autor acierte con asunto *universalmente simpático*, se pondrá, por derecho de conquista, en primera línea».

Más debe halagar este vaticinio hecho en secreto, donde no cabe la adulación, al autor del *Idilio*, que los elogios desmesurados de estereotipia tributados por quien da pruebas claras de no comprender el verdadero mérito de su libro.

No: Palacio no es hoy uno de nuestros primeros novelistas; ni es halagarle decirle que ya ha hecho cosas tan buenas como las podrá hacer cuando sepa más de su arte: lo que se debe decir, porque es justo y es prudente, es que Palacio va á la cabeza de los jóvenes que siguen en la novela las huellas gloriosas de maestros como Galdós y Pereda.

En el estilo mejora de día en día, y eso que siempre fué el suyo correcto en general, elegante, animado y original. En el diálogo acierta las más veces, pero suele pecar de prolijo, y esto porque convierte en escenario el texto y deja que los interlocutores se digan todo lo que es probable que en tal caso se dijeran. Los diálogos, para que sigan sien-

do naturales, sin ser pesados é insignificantes, han de ser interrumpidos por el autor cuando conviene; ha de dialogarse *oportune*; como se puede observar que hacen Zola, Daudet, y hasta Galdós, en sus últimas novelas (no en otras que pecaban del defecto que censuro). También se puede añadir que Rosa no siempre habla como una aldeana, y no me refiero á los conceptos, sino á las frases.

El lenguaje, correcto y puro en general, sobre todo en las escenas de la naturaleza, en que siempre y en todo se eleva el autor á la altura de los escritores ejemplares, es algunas veces, pocas, desigual, descuidado, como puede observarse en el capítulo primero, que es gramaticalmente el peor.

Para que vean los maliciosos que mi cariño á este joven novelista no me ciega (prueba de ello que van tantas ágras como dulces), hasta le reprenderé porque en algunos detalles olvida informarse de la verdad exacta en la fuente propia del asunto. Así en *Marta y María* hay un Consejo de guerra presidido por quien no podía presidirlo, y en el *Idilio* se habla de las *Estrofas* del *Joven enfermo*, de Andrés Chenier, y esa poesía... no tiene estrofas.

Pero dejando estas menudencias, termino diciendo con toda sinceridad que veo en Armando Palacio un eslabón seguro de nuestras buenas tradiciones literarias; que el que lee sus libros con

atención y alguna costumbre de juzgar en estas materias, le distingue pronto entre los muchos jóvenes aprovechados que escriben en prosa ó verso, con gran aplauso de los círculos respectivos. Como novelista, tiene un camino seguro: la naturaleza; pero también un peligro: el *quietismo* literario.

¿Qué es esto? Largo sería de explicar ahora; pero algo va indicado, y eso bastará para que el autor del *Idilio* lo comprenda todo.



CRÓNICA LITERARIA

Poesías por Carlos Fernández y Shaw. (Librería de Gutenberg, Príncipe, 14).—*El ideísmo*, por Campoamor.—*Metafísica a la ligera*, por Valera.

MUCHO tiempo hace que yo no hablo de tomos de poesías. Cada vez recibo menos y me doy la enhorabuena. Hace pocos años los *ensayos*, *arpegios*, *preludios*, *cantos*, *ayes del alma*, *rayos*, *sombras* (que con todos estos y muchos más apellidos salen á luz los versos) llovían sobre mi mesa. Ahora pasan meses y meses y no llega ni una mala carta. ¿Será que se publican menos renglones desiguales? ¿Será que el silencio con que doy mi parecer sobre tanta poesía, retrae á los poetas de enviarme sus obras?

Las poesías del Sr. Fernández Shaw merecen que se las considere como excepción y se hable de ellas y su autor con leal franqueza.

Es la primera vez que doy mi opinión por escri-